



Palabra Dominical

XV Domingo del tiempo ordinario

Antífona de entrada

Por ser te fiel, yo contemplaré tu rostro, Señor, y al despertar, espero saciarme de gloria.

Se dice Gloria.

Cfr. Sal 16, 15

Oración Colecta

Señor Dios, que muestras la luz de tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al buen camino, concede a cuantos se profesan como cristianos rechazar lo que sea contrario al nombre que llevan y cumplir lo que ese nombre significa. Por nuestro Señor Jesucristo ...

Ve y profetiza a mi pueblo.

Del libro del profeta Amós: 7,12-15



En aquel tiempo, Amasías, sacerdote de Betel, le dijo al profeta Amós: "Vete de aquí, visionario, y huye al país de Judá; gánate allá el pan, profetizando; pero no vuelvas a profetizar en Betel, porque es santuario del rey y templo del reino". Respondió Amós: "Yo no soy profeta ni hijo de profeta, sino pastor y cultivador de higos.

El Señor me sacó de junto al rebaño y me dijo: 'Ve y profetiza a mi pueblo, Israel'. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial

R. Muéstranos, Señor, tu misericordia.

Escucharé las palabras del Señor, palabras de paz para su pueblo santo. Está ya cerca nuestra salvación y la gloria del Señor habitará en la tierra. **R.**

La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron, la fidelidad brotó en la tierra y la justicia vino del cielo. **R.**

Cuando el Señor nos muestre su bondad, nuestra tierra producirá su fruto. La justicia le abrirá camino al Señor e irá siguiendo sus pisadas. **R.**

Dios nos eligió en Cristo antes de crear el mundo.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 1,3-14

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en él con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en Cristo, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables a sus ojos, por el amor, y determinó, porque así lo quiso, que, por medio de Jesucristo, fuéramos sus hijos, para que alabemos y glorifiquemos la gracia con que nos ha favorecido por medio de su Hijo amado.

Pues por Cristo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él ha prodigado sobre nosotros el tesoro de su gracia, con toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad.

Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo, cuando llegara la plenitud de los tiempos: hacer que todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, tuvieran a Cristo por cabeza.

Con Cristo somos herederos también nosotros. Para esto estábamos destinados, por decisión del que lo hace todo según su voluntad: para que fuéramos una alabanza continua de su gloria, nosotros, los que ya antes esperábamos en Cristo. En él, también ustedes, después de escuchar la palabra de la verdad, el Evangelio de su salvación, y después de creer, han sido marcados con el Espíritu Santo prometido. Este Espíritu es la garantía de nuestra herencia, mientras llega la liberación del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria. **Palabra de Dios.**



R. Aleluya, aleluya.

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo ilumine nuestras mentes para que podamos comprender cuál es la esperanza que nos da su llamamiento. R.

Envió a los discípulos de dos en dos.

Del santo Evangelio según san Marcos: 6, 7-13

En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce, los envió de dos en dos y les dio poder sobre los espíritus inmundos. Les mandó que no llevaran nada para el camino: ni pan, ni mochila, ni dinero en el cinto, sino únicamente un bastón, sandalias y una sola túnica.

Y les dijo: "Cuando entren en una casa, quédense en ella hasta que se vayan de ese lugar. Si en alguna parte no los reciben ni los escuchan, al abandonar ese lugar, sacúdanse el polvo de los pies, como una advertencia para ellos".

Los discípulos se fueron a predicar el arrepentimiento. Expulsaban a los demonios, ungían con aceite a los enfermos y los curaban. **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Que nuestras oraciones lleguen, hermanos, a la presencia del Señor y que nuestros ruegos sean escuchados por aquel que escruta el corazón de todos:

Después de cada petición diremos **Padre, escúchanos.**

- Pidamos la sabiduría del Hijo de Dios para los que proclaman con fidelidad la palabra divina y para todos los ministros que sirven a la Iglesia. **Oremos.**
- Por Israel, el pueblo de la antigua alianza, por los cristianos separados de la Iglesia católica y apostólica y por los que no conocen al Dios verdadero, invoquemos al Señor, dueño de toda verdad. **Oremos.**
- Por los abogados mexicanos que ejercen su profesión buscando el bien y la justicia, pidamos la abundancia de las bendiciones de Dios, y por los que no, también. **Oremos.**
- Pidamos un espíritu bien dispuesto para los niños y jóvenes que inician sus vacaciones y participan en las actividades de verano que organiza la Iglesia. **Oremos.**
- Por quienes viven lejos de su casa, por los encarcelados, por los débiles y oprimidos, y por los justos que sufren persecución. **Oremos.**
- Que la Iglesia pueda pregonar compasivamente la necesidad de arrepentirse por todo pecado en contra de la vida, y guíe hacia un renovado respeto hacia los pobres, los débiles, los rechazados, y los no nacidos. **Oremos.**
- Invoquemos con fe y devoción al Señor de la gloria por la paz y felicidad de los que ahora estamos aquí, huéspedes en la casa del Señor. **Oremos.**

Escucha, Padre todopoderoso, nuestras oraciones y concédenos que, llenos del Espíritu Santo, anunciemos al mundo, de palabra y con las obras, el plan que has proyectado realizar en nuestros tiempos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre las Ofrendas

Mira, Señor, los dones de tu Iglesia suplicante, y concede que, al recibirlos, sirvan a tus fieles para crecer en santidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión**Sal 83, 4-5**

El gorrión ha encontrado una casa, y la golondrina un nido donde poner sus polluelos; junto a tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío. Dichosos los que viven en tu casa y pueden alabarte siempre.

Oración después de la Comunión.

Alimentados con los dones que hemos recibido, te suplicamos, Señor, que, participando frecuentemente de este sacramento, crezcan los efectos de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexión

...recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra (Ef 1,10).

Prescindiendo de otros aspectos que se podrían considerar en la primera lectura, como es el enfrentamiento entre la religión oficial, representada por Amasías, y la religión

independiente y pura, personificada en Amós, nos quedamos con la nota de la elección que Dios hace de sus profetas (incluso con fuerza), a los que encarga un papel incómodo, que no pueden dejar de cumplir y que suele acarrearles problemas. Es precisamente en el tema de la elección y envío de los apóstoles por Jesús donde entronca el evangelio con la

primera lectura. De manera que, en la homilía, pondré la atención en el envío de los Doce apóstoles para predicar el Reino de Dios.

Una de las primeras cosas que hizo Jesús al comenzar su misión fue la de escoger un grupo de discípulos que le ayudaran a anunciar el Reino de Dios, preparando a la gente a acogerlo mediante la conversión.

Enlaza así la misión de los apóstoles con el comienzo de la predicación de Jesús cuando empezaba anunciando en



Galilea: Convertíos y creed en el Evangelio (Mc 1,15). En realidad, la verdadera conversión se identifica con la fe en el Evangelio y la aceptación de la Buena Noticia de la salvación, pues esta fe consiste en dar la cara a Dios y dejarse interpelar por Él; en aceptar su plan de salvación y dejarse amar locamente por Él (lo que no resulta fácil, por lo exigente que es ese amor); en consentir que el amor de Dios realice en nuestro interior una obra de profunda transformación, que se parece más a una creación de nueva planta que a una obra de remodelación.

Aunque el Reino de Dios tiene capacidad para germinar espontáneamente (recordemos la parábola de la semilla que



crece sola), por ser obra divina, sin embargo, por tratarse de una obra en favor de hombres libres, requiere la cooperación de éstos asintiendo en su instauración y colaborando en la difusión del Evangelio.

De ahí que Jesús, hombre como era, se planteara llevar a cabo la obra de Dios al modo humano, para lo que requirió la cooperación de otros hombres.

Que la implantación del Reino de Dios es, ante todo, obra divina, lo demuestra el que confiara su difusión a gente iletrada; es más, no quiere que sus colaboradores se apoyen en medios humanos, sino que todo el éxito de su misión lo confíen a Dios. Lo cual no hace inútil la tarea de los hombres, sino imprescindible para la difusión del Evangelio, tanto más cuanto que la estancia de Jesús en la tierra había de ser temporal.

El envío de los discípulos a predicar el Reino de Dios suponía que los discípulos habían sido previamente instruidos por Jesús y que habían admitido el mensaje que debían anunciar; que lo habían hecho suyo, no sólo por convencimiento, sino llevando a cabo la conversión precisa para acoger ellos mismos el Reino de Dios. Al enviarlos, el Maestro los equipa con poderes extraordinarios que dan autoridad a su mensaje: fundamentalmente las curaciones y la expulsión de demonios, dos señales de la llegada del Reino de Dios.

Te puede interesar...

¿Te dejas amar por Dios? Ideas que debes recordar siempre

Esta vez quiero compartirte un diálogo muy espiritual que tuvimos en un grupo de pastoral de mi parroquia. En dicha reunión, hablamos del infierno, del misterio del mal, de la oscuridad, del pecado y las miserias que habitan en nuestro corazón. Y cómo dejarse amar por Dios en este contexto. Les advierto que fue un compartir muy duro, fuerte, sin medias tintas, difícil de escuchar. Pero a la vez, lleno de luz, paz, amor, y la serenidad, que solo nos puede brindar la mirada misericordiosa del Padre. Cuando queremos enfrentar con transparencia y honestidad, las realidades duras y horribles de nuestra vida, solemos, influenciados por la cultura del Mundo en que vivimos moderar o suavizar el peso de maldad y perversidad que tienen. Unos más que otros, por supuesto... cada uno puede hacer su propio examen de conciencia. Aún más, si lo que buscamos discernir es la miseria que anida en el propio corazón.

En la obra de la evangelización que hoy continúa apremiando a la Iglesia, no ha cambiado sustancialmente la situación: Dios estima importante que su plan en favor de los hombres sea difundido para su conocimiento y aceptación por parte de éstos. Esta misión requiere personas convencidas, mental y cordialmente; formadas, habiendo logrado una síntesis personal de fe y cultura; comprometidas, no meros comparsas, sino protagonistas; agradecidas de haber recibido

tanta gracia, tanto amor, y entusiastas, capaces de contagiar la ilusión que representa la instauración del Reino de Dios. ¡Es de tal importancia lo que Dios se propone realizar con los hombres! ¡Es tanto lo que Él personalmente se ha implicado! ¡Y tan grande su deseo de que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad! (1Tim 2,4). Resulta inevitable que nos sintamos interpelados: ¿cómo puedo yo colaborar en la evangelización del mundo? Todos podemos de alguna forma.

El plan de Dios para el mundo lo condensa el apóstol san Pablo en el himno trinitario de la carta a los efesios, que hoy se nos ha leído.

Dios nos ha dado a conocer por medio de su Hijo el misterio de su voluntad, es decir, el plan que había proyectado realizar por Cristo en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo



todas las cosas del cielo y de la tierra, de forma que integrara en su ser divino-humano toda la realidad distinta de Dios.

Conforme a este plan, Dios nos eligió en Cristo, antes de la fundación del mundo (desde toda la eternidad) para que fuésemos sus hijos, santos e intachables ante Él por el amor. Para ello, el Padre ha derrochado generosamente su gracia con nosotros, concediéndonos, por la sangre del Amado, la redención, el perdón de los pecados.

En Cristo, han heredado la gloria del Padre tanto los judíos como los gentiles que han creído el Evangelio de la salvación y han recibido el don del Espíritu Santo, que es prenda de la herencia, que ya ha recibido el Hijo glorificado a la derecha del Padre, y que se hará efectiva, para todos los que se benefician de su gracia, cuando se haya completado la obra



de la redención después de la resurrección de los muertos. De este modo, la gloria de la creación será la gloria de Dios. ¿Quién puede callar?

Modesto García, OSA

¿Cómo debemos mirar nuestro interior? Recordemos que, gracias al Bautismo, somos templos del Espíritu Santo. Sin embargo, también debemos reconocer que, en nuestro interior, residen también pecados, infidelidades y toda suerte de miserias que nos alejan de Dios.



Es duro decirlo, pero tenemos que mirarnos en el espejo, y reconocer que, así como nuestra vida está llena de hechos y experiencias hermosas y maravillosas, también está enredada con la oscuridad y las tinieblas del pecado. La única manera de mirar el peso y la gravedad de nuestra miseria es desde los ojos misericordiosos del Padre. Recordemos la parábola del hijo pródigo, cuando el Padre, a lo lejos, se da cuenta de que su hijo está regresando. Sabe muy bien cómo ha malgastado la herencia, pero – el relato así nos lo muestra – pareciera que no le importa todo lo que había hecho, sino que está vivo, que ha regresado. Lo sigue amando como antes. Es más, parece que quiere mostrarle aún más su amor. Le hace una gran fiesta, le da un anillo, un vestido nuevo y sandalias (Lucas 15, 11-32). Así lo vemos en otros pasajes del Evangelio. Cómo el Señor tiene un amor predilecto por los pecadores. La actitud que tiene con la mujer que ha sido encontrada flagrantemente en adulterio (Juan 7,53 -8,11), con la samaritana (Juan 4, 1-42). O cuando va a la casa de Zaqueo (Lucas 19, 1-10) – el cobrador de impuestos. Y con la mujer que se pone a enjugar los pies de Jesús con su cabellera (Lucas 7, 36-50), en la casa del fariseo. ¡Y muchos otros pasajes! en los que Jesús nos muestra que Su Amor no cambia por nuestros pecados. Es más, murió en la Cruz por los pecadores. Vino para salvarnos y no para juzgarnos.

La mirada justiciera ¡Cuántas veces somos nosotros mismos quienes de modo justiciero nos juzgamos! Nos cuesta mirar y reconocer el peso de nuestros pecados y miserias, puesto que es doloroso. A nadie le gusta su pecado.



Por supuesto, causa rechazo y una profunda tristeza la consciencia de que, una y otra vez, huimos y rechazamos el Amor de Dios. Descubrimos en nuestro corazón esa doble voluntad, que tan bien describe San Pablo, cuando nos dice que el Espíritu quiere el amor, pero nuestra carne es débil (Mateo 26, 41). El problema es que cuando esto ocurre, en realidad estamos huyendo de nosotros mismos. ¿Difícil? Sí... pero tenemos que hacerlo. Pues, si no morimos con Cristo, tampoco participamos de su resurrección (Romanos 6, 8-18). Nos cuesta perdonarnos a nosotros mismos. Si no nos vemos desde los ojos del Padre, la consciencia de nuestros pecados y la oscuridad que muchas veces vivimos nos hace caer en el negativismo y la desesperanza. Aceptar y reconocer con humildad y serenidad nuestro lado oscuro, solo es posible con la luz de la Verdad, que brota del encuentro con Dios. La «otra mirada» es la que aprendemos del mundo o del demonio, que nos recrimina por caer una y otra vez en los mismos pecados. Así nunca vamos a poder perdonarnos. Es más, no podremos soportar mirarnos y reconocernos. Sin ese Amor de Dios, ¿qué nos puede sostener? ¿Qué esperanza podemos tener, si sabemos que, hace años cojeamos del mismo pie? ¿Nos confesamos de lo mismo? Llegamos al punto de creer – como lo dice el hermano mayor en la parábola del Padre misericordioso – que no merecemos el Amor del Padre, porque somos pecadores.

La verdad es que, efectivamente, por nuestras conductas no merecemos el Amor de Dios. Pero esa es una manera humana de pensar. Demos gracias a Dios, porque Su Amor es diferente. Que supera nuestra traición, y nos envió a su Hijo único, para salvarnos de nuestros pecados.

Seguimos siendo hijos de Dios Es verdad que por nuestros pecados – aunque suene horrible y difícil de reconocer – merecemos el infierno. No hay nada que podamos hacer, por lo que merezcamos gozar de la Gloria de Dios, en el Cielo. No lo merecemos, somos unos indignos pecadores.



Pero lo cierto es que Dios nos ama gratuitamente, y Cristo quiso entregar su vida en la Cruz, por libre voluntad. Porque nos ama. Nos ha devuelto la posibilidad de entrar al Cielo, sencillamente por su Amor gratuito.

Por culpa del pecado hemos perdido nuestra semejanza, y, en vez de estar inclinados al amor, tenemos la concupiscencia que no instiga a vivir el egoísmo. Sin embargo, sabemos que no hemos sido radicalmente rotos por alejarnos de Dios. Todavía somos buenos por naturaleza, aunque heridos por el pecado.

El gran reto que nos toca es un combate espiritual, que implica ser fiel al amor que nos tiene el Señor, y rechazar el pecado. Comprometiéndonos a ser responsables con nuestra libertad, optando por la Verdad, y encaminándonos hacia lo Bueno. Llamados a ser otro Cristo, como nos invita repetidas veces San Pablo. (Filipenses 1, 21 / Gálatas 2, 20)

Finalmente, pidamos a Dios que nos conceda la gracia de mirarnos desde Su Misericordia, y no tener miedo de reconocer el pecado que habita en nuestro corazón. Que podemos ser iluminados por Cristo, si es que lo abrimos y dejamos que Él nos perdone y sane nuestras heridas, volviendo a la comunión con el Padre.

Tenemos la confianza que el Señor nos perdona una y otra vez, mientras reconozcamos con humildad quiénes somos y cómo somos ante Dios. No nos ocultemos por nuestros pecados, más bien dejémonos reconciliar por Dios (2 Corintios 5, 20).

